

## Cultura

### La muerte y lo *real fantástico*

Yolanda Zamora

Una de las **tradiciones mexicanas** más difundidas (especialmente en la actualidad, ya que han cobrado fuerza estos temas en la pantalla grande, en obras cinematográficas premiadas y elogiadas como la cinta “Coco”), es la Muerte: así, con mayúsculas: **La Muerte**.

Y es que la Muerte, para el mexicano, no reviste el drama y la solemnidad de otras culturas, como la europea, por ejemplo, para las que hablar de muerte es prohibitivo, como si con ello se borrara la amenaza ineluctable del morir. En cambio, los mexicanos desde niños, jugamos con la muerte, nos la comemos en “calaveritas de azúcar” decoradas, nos reímos de ella llamándole *La Pelona, La Flaca, La Chirrifusca, La Siriquisiaca, La huesada, o La Catrina...* entre otros epítetos.

Con la muerte **bromeamos y hasta la hacemos bailar**, “muerte rumbera”, convirtiéndola en marioneta y atándole con hilos sus huesos blancos y fosforescentes, en las carpas de los circos y en las ferias, en los parques... mientras los niños, lejos de asustarse, estallan en carcajadas sentados en sus sillas de madera con patas de tijera.

Y es que, para el **México prehispánico**, en el marco de la cultura náhuatl, la muerte era expresada en mitos diversos, pero siempre en forma creativa y trascendente, como los poemas que le cantan a lo efímero de la vida. Recordemos al rey poeta Netzahualcóyotl (1402-1472), Tlamatinime “Maestro en las cosas divinas y humanas”:

*Yo, Netzahualcóyotl, lo pregunto: / ¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra? / Nada es para siempre en la tierra: / Sólo un poco aquí. / Aunque sea de jade se quiebra, / Aunque sea de oro se rompe, / Aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar. / No para siempre en la tierra: / Sólo un poco aquí.*

Las crónicas dan testimonio de los lugares de los muertos en el **mundo náhuatl**: Tlalocan, Mictlán, Tlatilpac... a donde iban a morar los fallecidos según hubiese sido su vida y, sobre todo, según fueran las circunstancias de la muerte y de acuerdo con la edad del difunto. Y, así como para los griegos el inframundo pertenece a su dueño y Señor, Hades, con su mujer Perséfone (a quien, dicho sea, raptó sin decirle ¡agua va!), para los indígenas prehispánicos el lugar de los Muertos era gobernado por Mictlantecutli y su señora esposa Mictecacihuatl.

Con la llegada de los españoles (la espada y la cruz), la evangelización y la resistencia a la imposición de creencias y hábitos de vida por parte de los indígenas, se propició un **sincretismo** que mezcló rituales con ritos, salmodias con oraciones, creencias mágicas con dogmas de fe, ídolos con santos, castigos y recompensas...

¿El resultado? La **preeminencia de una tradición mexicana de extraordinaria riqueza** que perdura hasta nuestros días, y que va **de lo real de la muerte a lo fantástico** de los mitos, y convoca todas las expresiones artísticas: la poesía, la música, la gastronomía, la escultura, los cantos, la decoración, la pintura, el teatro, la artesanía... Prácticamente todas las artes convergen para hacer de la muerte mexicana una obra de creación colectiva y una manifestación de cultura popular de múltiples colores y formas, hasta alcanzar, como decía, lo fantástico.

Es la muerte mexicana, **única y diferente, divertida y coqueta, provocadora y cínica...** ¡es la muerte, enseñoreada de vida!

La **alegría en relación con la muerte** es, ciertamente, inexplicable para otras culturas. Más no para los mexicanos. Alegría que permea hasta niveles carnalescos:

*Por aquí pasó la muerte / con su aguja y su dedal / preguntando dónde vive / la reina del carnaval.../*

Por supuesto que cabe la pregunta: **¿De verdad los mexicanos no le tenemos miedo a la muerte?** O bien, por el contrario, existe ese temor y es tan grande, que optamos por convertirlo en juego y “llevarnos bien con la señora Muerte”. ¿Será?

Les comparto este cuento:



(El encuentro. Remedios Varo)

### ***Quiero amistar contigo, Muerte...***

“No será tan mala la muerte, cuando rima con la suerte...” pensó el filósofo mientras caminaba junto al mar, una madrugada de sol tierno, dejando sus huellas sobre la arena tibia, acariciada por olas niñas. Y agregó: “Quiero amistar contigo, Muerte...”.

Como si su pensamiento la convocara, vio venir hacia él, a la distancia, desde los riscos de la ensenada, una figura envuelta en jirones de nube, personaje híbrido, habitante en fuga de un cuadro de Remedios Varo. La reconoció de inmediato, sin sobresalto contempló sus ojos vacíos, y cuando estuvo a sólo unos pasos, le dijo:

- Quiero recibirte, Muerte, cuando llegue el momento, como se recibe al amigo entrañable que regresa de uno de sus viajes sin puerto.

La figura, envuelta en nimbos, guardó silencio y lo miró con ojos tan profundos, que el filósofo pudo sentir el arrastre de su alma hacia el abismo, y supo que en cualquier momento él podría arrojarse, voluntariamente, a ella. Sin embargo, dijo:

- He cruzado ya la mitad del océano de mi vida y sólo te contemplé, Muerte, desde lejos. Aproximaciones que me permitieron observarte mientras tu aliento frío transmutaba mi existencia: no sería yo este ser que soy, sin la muerte temprana de mi único hermano; no sería yo lo mismo, sin la agonía de mi madre quien, al morir, me dio a luz por segunda vez; no sería éste que habla, sin haber presenciado el adiós dignísimo de mi padre, quien te recibió con curiosidad y casi con ilusión, como quien recibe a una compañera. ¡Ah, Muerte alquímica!, ¡qué manera de ser Vida! Y me pregunté: “¿cómo se logra?”.

En ese momento, el tiempo se distendió y el filósofo se enfrentó a su última autodefinition. El sendero recorrido hasta ahora había sido para él un ensayo hacia esta enunciación irrevocable de sí mismo.

Ante la oscuridad perenne, como por una rendija, se coló perpendicular en el acto final, la libertad luminosa de decidir cómo mirar la propia muerte. Él la había buscado tanto, rastreando sus huellas tenues entre los renglones de los libros, en cada texto de los grandes y de los pequeños pensadores, entre las líneas de la poesía exquisita que convoca lo trascendente. No obstante, lo ignoraba todo sobre ella. Ahora, al mirarla frente a frente, comprendió de pronto: “Desde la muerte defino, por fin, mi propia vida. Es la enemistad con la vida la que enemista con la muerte. ¡No es absoluta la muerte, es absoluta la vida!”.

El filósofo había salvado su circunstancia.

Cuando cayó, exangüe, sobre la arena, una lluvia delgada y fina eternizó el instante...